

Café

María Eugenia Riascos

Egresada de Comunicación Social

Primer puesto

El corazón estaba poco preparado para asimilar esa cátedra sobre el amor, esa que dice que no hay límites; aquella que no impidió que tus ímpetus y los míos fueran saboteados por la impertinencia de tus pensamientos hechos realidad, y que yo creí adivinar sin necesidad de palabras.

– ¿Tomamos un café para mitigar el momento?

– Sí; lo acepto, Oscar. Es una bebida inspiradora.

Y mientras lo endulzábamos con pizcas, no de azúcar sino de nervios, lanzábamos unas cuantas miradas suspicaces. Esa complicidad amorosa se evaporaba y buscaba refugio en el silencio, dudas e incertidumbres. Por un momento, el café parecía confundirme con su efecto balsámico y se volvía delicioso cada vez que te veía aspirar ese adictivo olor.

Los ojos de Carmen, aunque estaban fijos en mí, tocaban tierra disimuladamente sobre un libro autografiado. Su delicado paladar se embelesaba con el sabor del primer trago ingerido. Esa acidez despertó en ella, una sensación de fuerte agudeza hacia el frente de esa boca, no la mía, sino aquella que enardecía sus labios, aquellos que tras el sorbo de esa bebida mágica evocaban, contrario al efecto agrio y delicioso del café, la dulzura del beso que ella asimilaba estremecida tras tomarse una pausa de gran deleite.

Ese era el aperitivo que despertaba en la dama de los ojos caramelo, el deseo de recordar ese acercamiento. ¡Ah café! Develador de secretos. Apaciguadas sus ganas, suspiraba en mi hombro acogedor y, como si este fuera un poderoso atril para apoyar ese amor desbordado que imaginaba era para mí, no acerté a descubrir a tiempo que ese humo embrujador irradiado por ella con profundas bocanadas de aire impregnadas del enardecedor licor despedía con fina sutileza, ese tónico estimulante para el alma y el cuerpo, denominado pasión... arrebató ...o delirio y estos, sin importar su nombre,

nunca acariciarían mi ser y, muchos menos, mi corazón. Ya más consciente, lúcida y libre de ese éxtasis, me dijo:

– Leo esa sensibilidad tuya al mirarme, y sé que me amas.

Yo, embolotado y creyendo que tal vez me había equivocado y que ese ósculo clamado, sensación de júbilo era mío, me dejé llevar por la premura de la ansiedad, y evocaba que esa exhalación era el preámbulo de un juego divertido que vertía su efecto almibarado, no en el humo transpirado del café, sino en esa emanación enloquecedora divisada en ese momento sin final. Sería que ¿después de ese recreo, se mantendría el fuego alucinante?

Me consideraba un gran barista; aquel que distingue los sabores agrios, amargos y dulces. Pese a mi experticia, no sabía que en el amor me tocaría percibir esas sensaciones. El primero ya había dado muestra de su esencia al presentar ante mis ojos ese panorama de placer y gozo, cuyo protagonista solo era ella y que, apelando a mis dotes de catador, me advirtieron sobre el avinagrado sabor de la perfidia.

Amargo, frente a la posible ilusión que no alcanzó a difundir su aroma, dulce y, al mismo tiempo, insípido, soso y desabrido, degustando con desconsuelo la falsedad encarnada por mi propia fantasía celestina. Ese efecto mimoso del café hecho amor, nunca existió; solo cobró vida en mi taza de humeante elixir.

Estaba acostumbrado a la tranquilidad que siempre destilaba ese néctar fragante, pero el imaginario me abstraigo de esa visión romántica y el último trago mezclado con el concho del dolor me aterrizó en la realidad. Había creído; era solo un frenesí y exclamé feliz:

– ¡Viva el amor!, creyendo que realmente era mi tesoro, ya recuperado.

¡Era mentira! Solo fue un espejismo que se cubría con el ácido propio de la cafeína. Cada sorbo era un engaño; esa esencia del amor ya desaparecido se había esfumado y ¡maldita sea!, ya no somos nada. Así como creí que mi hombro era su refugio, así mismo ella corrió, levantando su mirada del libro, para encontrarse con un nuevo café, ya más concentrado, más endulzado, no con los nervios, sino con el azúcar refinado que volatiza un nuevo amor.